

ENTREVISTA >> SOBRE TIEMPOS FEROCES (KÁLATHOS EDICIONES, 2021)

Leonardo Padrón: No dicto cátedras de pensamiento

Versátil escritor, Leonardo Padrón es poeta, ensayista, cronista, escritor de cine y televisión, así como autor de siete volúmenes de entrevistas, *Los imposibles*, dedicadas a protagonistas de la cultura hispanoamericana

NELSON RIVERA

Quiero preguntarle por el origen de su acentuado interés en la vida pública y en la política, que ha tomado cuerpo de muchas maneras. ¿Es anterior a Chávez?

Mis primeros 40 años de vida transcurrieron en democracia. En esa época, el país –debo confesarlo– nunca fue una urgencia para mí, caraqueño de clase media. La vida en Venezuela se ejercía con normalidad. Y aunque la anterior parezca una frase pueril, si algo se extraña desesperadamente hoy en día es la normalidad. En ese entonces, mis insomnios obedecían a otros temas. Me inquietaban, por supuesto, los turbios vaivenes del bipartidismo, sus insuficiencias, sus entrelíneas. La corrupción política comenzaba a ser rutina en los titulares de prensa y se convertía en una creciente queja colectiva. Pero existía la alternabilidad democrática. El voto funcionaba como herramienta de sanción y cambio. Sentías que un mal gobierno tenía fecha de vencimiento. A veces para elegir otro peor, también hay que decirlo. Nuestra democracia tenía unas cuantas lesiones estructurales, pero en buena medida funcionaba. Quizás el primer campanazo que me hizo voltear la mirada hacia los temblores internos del país fue el Caracazo. La narrativa chavista titula ese evento como “la insurgencia popular contra el neoliberalismo”. Pero ya sabemos muy bien lo que ese punto de inflexión nos deparaba. Luego la aparición del militarismo en la ecuación terminó por desperezarme. Cuando la violencia social, el resentimiento y el golpismo tomaron la palabra ya era imposible permanecer indiferente. La antipolítica se hizo moda y directriz. Nadie daba un domingo por los líderes democráticos. Y entonces se confeccionó el caldo perfecto para la idea del *outsider* como el gran redentor. El país, a partir de Chávez, se convirtió para mí –como para tantos– en crispación y angustia. El chavismo demolió la noción de normalidad. Ya nada volvió a ser igual. La vida se comenzó a conjugar con miedo y precariedad. El odio era la nueva bandera. La miseria y la crueldad iniciaron su cerco. Y comencé a expresar mi sobresalto a través de todas las herramientas que tenía en la mano. Incluso a través de las novelas que escribía para televisión.

¿Estimó usted que sus crónicas, su actividad como tuitero o sus entrevistas, lo convertirían en un perseguido del régimen?

En un principio, esa estimación no estaba ni por asomo en mi radar de alarma. Luego entendí que los regímenes autoritarios tienen en su ADN una proverbial hipersensibilidad a la crítica, más aún si proviene de voces que puedan tener cierta resonancia pública. “Fastidiar a los tiranos”, pedía Adam Zagajewski. Pero confieso que no dejaban de desconcertarme los crecientes ataques y amenazas –públicas y privadas– que recibía. Hasta que, en una de las llamadas de burla que me hacía el hacker que violó mi correo electrónico y usurpó mis redes sociales, logré prolongar la conversación y le pregunté por qué yo era un objetivo del régimen. Su



LEONARDO PADRÓN / ©FACUNDO BUSTOS

respuesta fue reveladora. Mi trabajo en la industria de la televisión me granjeó una amplia audiencia que también me seguía en las redes. Mucha de esa audiencia era gente de a pie, gente común, lo que los populistas llaman pueblo, y allí había por lo tanto mucho “pueblo chavista”, gente que se compró el espejismo que la borrachera verbal de Chávez ofrecía, que votó por él, que creía en el advenimiento del mar de la felicidad. Un volumen importante de esa gente había consumido durante muchos años mis historias en televisión. El hacker me lo dijo claramente: “No nos conviene que lean tus críticas contra Chávez”. Era una voz con alguna resonancia en el mundo de la cultura de masas y era necesario apagarla. Ese día lo entendí claramente. La orden de silenciar sistemática y progresivamente a la sociedad disidente no podía dejar cabos sueltos. Luego vino una escalada mayor: cancelaron mi voz en la televisión. Comenzaron a censurar parlamentos de mis novelas donde asomaba –entre diálogos inherentes al discurso amoroso– críticas al progresivo derrumbe de nuestra normalidad. Luego exigieron el veto de mis proyectos. Seguía contratado por el canal de televisión, seguía escribiendo historias, pero ya no entraban en la agenda de programación. Seguía siendo un *story teller*, pero sin pantalla, y, por lo tanto, sin audiencia. Igual pasó con mi programa de entrevistas en la radio y en TV. Escuchar a Vargas Llosa contando el episodio que lo hizo alejarse para siempre del mito de la revolución cubana no era conveniente. *Los Imposibles* terminó siendo arrojado al hombriello del silencio por el largo brazo de la dictadura.

Me resulta muy llamativa la presencia de una corriente estética común en su poesía, en su verbo cotidiano, en sus redes sociales y en su prosa. ¿Está de acuerdo con esta percepción?

Sí, suscribo esa percepción. Y presumo que tiene relación directa con mi atadura sustancial al lenguaje poético. La experiencia de la poesía modifica tu mirada sobre el mundo. Ya nada lo ves igual. Esa manera de *ver* solo se puede expresar a través de una manera de *decir*. Hablo aquí de la consecución de una voz personal. Que es la obsesión natural de todo escritor y, en rigor, de todo oficiente de algún arte. Se comienza a escribir bajo el arroyo de tus lecturas fundamentales, se imita con fruición, luego se advierte el lastre, se va echando por la borda la herencia, lo ya innecesario, ciertos yugos persistentes, se insiste, hasta que aparecen los balbuceos con voz propia, y en algún momento emerge –en mitad de la página– tu voz, que será peor o mejor

que otras, no importa, pero será tuya. Es el hallazgo del estilo, la huella digital, el traje de tus ideas. Alcanzar tu voz personal es un proceso arduo, espinoso, pero decisivo para el resto de tu vida. Y si eres coherente contigo mismo, todos tus registros de escritura llevarán esa marca de agua.

Le pido que nos hable de sus lectores. ¿Qué encuentran en la voz literaria o pública de Leonardo Padrón, que les atrae?

Me pides un ejercicio destinado al fracaso. No puedo usurpar el punto de vista de los lectores. Quizás puedo ventilar ciertas hipótesis en función, justamente, de la interacción que he tenido con algunos de ellos. Creo que la primera conexión viene dada porque tengo largos años –décadas ya– comunicándome con una audiencia muy plural y variopinta a través del lenguaje de las emociones, que es el idioma con el que se arman las historias para las grandes masas. Esa dilatada complicidad establece un piso de confianza y respeto mutuo. Un vínculo que pasa por la exigencia de no defraudarlos, aunque bien sabemos que la creación está llena de actos fallidos. Quizás hay también un asunto de falta de solemnidad intelectual. Me indigna lo pretencioso. Perigo el reino de la claridad. Procuero una voz que no los confronte con sus carencias intelectuales, que posiblemente también sean las mías. No dicto cátedras de pensamiento. No busco adoctrinar. Transmito mi parecer de una manera que para algunos lectores resume verbalmente sus angustias. Algo así me han dicho. Eso lo logran también muchos otros. La gente siempre busca a alguien que ventile su desazón.

Al finalizar la lectura de *Tiempos feroces* pensé: es una especie de tratado sobre las emociones del ciudadano perseguido por la dictadura. ¿Son sus emociones, las de quienes le rodean? ¿La materia prima de sus crónicas es semejante a la materia prima del autor de telenovelas?

Tiempos Feroces –junto con *Se busca un país* (Planeta, 2015), mi anterior libro de crónicas– es el documento de mi estupor ante la demolición de un país entero. Decidí servir de caja de resonancia a muchas historias mínimas a las que me acerqué, entendiendo que la mejor manera de vislumbrar la dimensión del abismo era asomándonos a las catástrofes personales. Conocer sus nombres. Escuchar sus relatos. Que dejaran de ser una cifra más en el largo inventario de familias rotas, de presos políticos, de ciudadanos ultrajados y humillados. No sé escribir desde otro sitio que no sea el estremecimiento. Creo que solo así se debe contar el vértigo de un país en caída libre. To-

do lo que ha ocurrido en Venezuela en estos más de veinte años ha sido tan devastador que no merece ni un día de olvido. Hay que documentar cada ignominia, cada vejación, cada herida, cada escalón hacia el infierno. Ellos, en su afán de sedimentar su estructura de aniquilación moral, procuran diluir la memoria colectiva, gestionan la amnesia del país. Cierran medios de comunicación, amenazan a periodistas, acorralan a las ONG’s, encarcelan a escritores por un simple artículo de prensa. Quieren el silencio, la opacidad. Un territorio arrasado donde no exista una rama que cruja. A la usanza de Corea del Norte, China o Cuba. Quieren una calle apagada. Que la rabia que tantas veces atestó las autopistas y calles del país sea un pasado cada vez más remoto. No tienen el estilo de la Rusia de Putin –herencia de la Guerra Fría– de envenenar a líderes opositores. Son más gruesos en el trazo: inhabilitan, encarcelan, humillan, torturan, destierran, matan. Ladrán y muerden. ¿Cómo hablar de eso si no es desde la crispación, desde el verbo estremecido? ¿Cómo comunicarle al mundo el grado de la pesadilla si no es exigiéndole al lenguaje el mismo escalofrío de los dolientes?

Muchas de sus crónicas incluyen datos, testimonios, reconstrucción de hechos, referencias urbanas. Tienen algún fundamento reporterial. ¿Se asume usted como un periodista? ¿Un poeta sin torre de marfil, que vive en la plaza pública?

Para muchas de esas crónicas asumí el rol del reportero que viaja hacia la fuente. Fui a sus casas, me reuní en cafés de bajo perfil, en oficinas anónimas, o en largas conversaciones vía Skype. Vi el miedo aun en sus ojos, titilando como una rabia insepulta. Las marcas del insomnio. La mirada huidiza. El rencor vivo. El testimonio, por ejemplo, de Marcelo Crovato, abogado penal que por defender a un vecino que le allanaban la casa terminó acusado de terroris-

ta y arrojado a las celdas de Yare 3, nunca lo olvidaré. Es inimaginable todo lo que él y su familia sufrieron. O el de Joselyn Prato, una muchacha que fue detenida, maltratada y vejada, por supuestamente ser parte de la multitud que abucheó la presencia en Cayo Sal de Marleny Contreras, esposa de Diosdado Cabello, y ministra de turismo para ese entonces. El gran detalle es que ella llegó a la playa horas después del incidente. Pero el músculo de la venganza no se detiene ante esos “detalles”. Esa niña bajaba la mirada cuando intentaba relatarme los horrores a las que la sometió un capitán de la GNB al que llamaba nítidamente “el monstruo”. Yo regresaba a mi casa con la bilis revuelta y con la necesidad imperiosa de que esas historias no fueran sepultadas por el silencio. Pero siempre advierto que estas crónicas no la hice asumiéndome como periodista, oficio que respeto inmensamente, sino como un escritor que se acerca a una realidad de ribetes delirantes y necesita oír la voz de los personajes que la conforman y sufren. Entendí que la crónica literaria era la mejor herramienta para tal fin. “Una crónica es un cuento que es verdad”, decía García Márquez. Siempre le agradeceré a *El Nacional* que me diera el privilegio de entregarme una página entera en su edición dominical para publicar muchos de estos textos. Desde que comencé a escribir literatura de no ficción lo hice con la certidumbre de que las calamidades de este continente no tienen mejor expresión formal que la crónica. Como bien lo dijo Ricardo Piglia: “La verdad tiene la estructura de una ficción donde otro habla”.

“Un lento y feroz comienzo”, la crónica con que cierra su libro, podría leerse como un manifiesto de esperanza. “Será un día preciso. Está allí. Afuera. Se le puede señalar con el índice. Ese día es nuestro. Nadie nos lo va a quitar”. ¿Podría comentar esa crónica?

Este texto, lo confieso, lo escribí para ser entonado en voz alta. Tiene el ritmo de las arengas y los salmos, la musicalidad de las invocaciones. En esos meses yo era invitado frecuentemente a hablar en distintos rincones del país. La gente ya estaba desertando de las empresas, fábricas y escuelas en estampida. Había una urgencia de detener la marea alta de la desesperanza. Y, no sé bien por qué, quizás por mi figuración pública, algunas personas pensaron que yo podía ayudar en ese propósito. Una mañana me senté a redactar este “manifiesto de esperanza”, como lo llamas. Nace con la quizás ingenua intención de ser un pequeño antídoto verbal contra el desosiego general. A muchos esta intención puede dibujarles una mueca de sorna o risueño escepticismo. Quizás les parezca una infatuación, un exceso, un arrebatado pueril, pero si algo tengo muy claro, luego de haber recorrido varias veces el país, es que la gente necesita escuchar otra cosa, algo que no sea el estríbillo fúnebre del triunfo del chavismo sobre nuestras vidas. La gente necesita creer que este espanto no es para siempre. Que hay un final, un momento de rendición, una puerta última donde se clausura la pesadilla. El ser humano inventó la esperanza para no morir en la vispera. Es una necesidad ontológica de la especie. La última herramienta posible contra la desesperación. Cortázar decía que la esperanza es la vida misma defendiéndose. Por eso, es inaceptable tolerar que el chavismo también nos expropie esa palabra. Es la única dosis de oxígeno que nos queda para emprender cualquier otro intento de abolir la dictadura.☉

**Tiempos feroces*. Leonardo Padrón. Kálathos ediciones. Madrid, 2021.

“

El país, a partir de Chávez, se convirtió (...) en crispación y angustia”

RECOPIACIÓN >> PRÓLOGO DEL AUTOR

LEONARDO PADRÓN

Venezuela tiene ya más de dos décadas bajo la sombra totalizante del chavismo. Se dice en una línea. Pero en esa delgada reunión de palabras no cabe el horror de un país devastado. Todo comenzó –lo sabemos– con un resentimiento llamado Hugo Chávez. Ya en el poder, ungido de un cándido fervor popular, el teniente coronel –dueño de un carisma letal– se afanó en dismantelar el sistema democrático y erigir la autocracia de su ego. “¡Hasta el dos mil siempre!”, bramaba, retador y petulante. Pero si hablamos de egos, nadie supera el de la muerte y –en un chasquido– esta le hizo entender quién tiene la última palabra. Para estupor de millones, su deceso no fue el fin de la pesadilla.

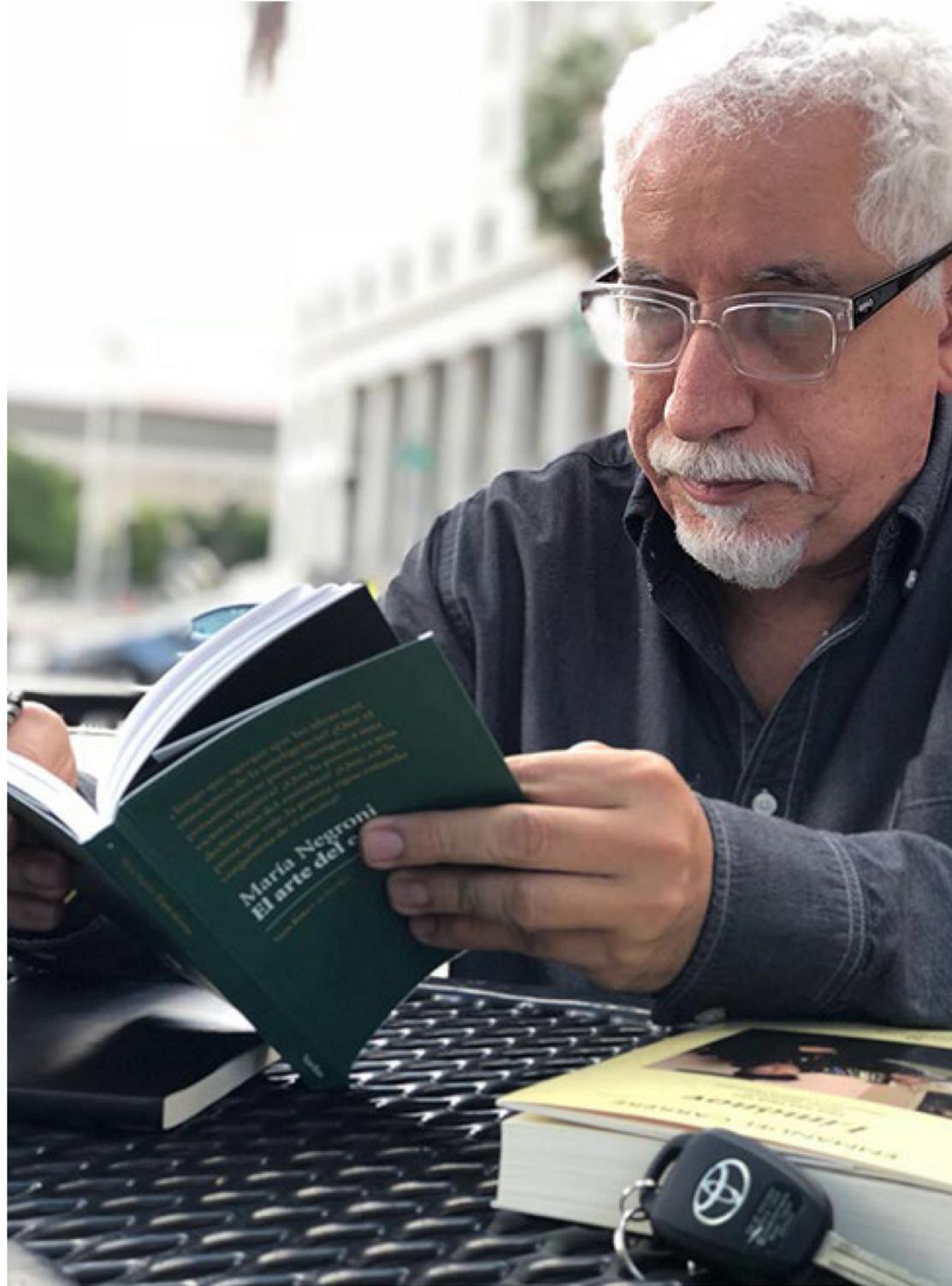
Ocurrió un punto de inflexión: Nicolás Maduro heredó el poder. Y entonces los venezolanos descubrimos que la ruina es una palabra con muchos sótanos. Sobrevino la miseria y la precariedad. La destrucción nos cubrió como una ola de magnitudes bíblicas. Y con ella volvió la resistencia ciudadana. Y todo subió de volumen: la represión, la tortura, los asesinatos. La gente comenzó a huir en cifras apocalípticas. Las cárceles se atestaron de gente que pensaba distinto. Los niños se hicieron lívidos del hambre. Paladas de odio inundaron cada rincón. Y el país se nos rompió en pedazos.

Han sido tiempos feroces, sin duda. Este libro reúne parte de lo acontecido en la segunda década de la dictadura chavista. Textos que escribí en la prensa nacional desde el año 2015 al 2018. Algunos clasifican como crónicas, otros apenas son reflexiones en voz alta y quizás ciertas inflexiones líricas destilen otras etiquetas. Ya en un anterior libro titulado *Se busca un país* había escrito sobre los crispados años que van del 2013 al 2015. Pero la turbulencia no ha cesado. Todo lo contrario. Durante este lapso la violencia se hizo tan escalofriante como rutinaria. Los analistas políticos coinciden en etiquetarnos como los sirios de América Latina. Los años que aquí recorro están signados por un balancín que va del entusiasmo a la frustración, de la épica civil a la desesperanza airada. Somos una montaña rusa que no se apaga. El diagnóstico es unánime: hemos sido arrasados por el ácido sulfúrico de la revolución.

Para un escritor releerse es un oficio cruel. Pero el episodio se torna más rudo cuando la materia de tus escritos es el país. Recorrer la ruta –con perspectiva y pies detenidos– te permite esclarecer la mirada sobre los episodios que desembocaron en un fracaso colectivo. La esperanza quedó hecha un estropajo. Y la única premisa ha sido volver a levantar-

Tiempos feroces

“Los años que aquí recorro están signados por un balancín que va del entusiasmo a la frustración, de la épica civil a la desesperanza airada. Somos una montaña rusa que no se apaga. El diagnóstico es unánime: hemos sido arrasados por el ácido sulfúrico de la revolución”



LEONARDO PADRÓN / COTUR

nos. Hemos sido caída y resurrección demasiadas veces. Este inventario de historias mínimas solo aspira a luchar contra el virus de la desmemoria. Solemos convertir en olvido eventos que han definido nuestra tragedia. Cada cicatriz cuenta. Cada intento por salvarnos. Resulta imperativo no olvidar. Para llevar la cuenta de los crímenes. De los caídos. De los gritos sin fondo. Para remar contra la impunidad. Para aprender del desvarío. Para intentarlo distinto. O mejor. O siempre.

Mucho ha ocurrido luego de la última página escrita en este texto. Sobre todo desde enero del 2019 cuando surgió una nueva estrategia democrática encarnada en un joven político llamado Juan Guaidó. Estremanos año con un lance invasor), la promesa que invocaba un líder fresco con rasgos de outsider. Una esquizoide aritmética de aciertos y desatinos ha ocurrido desde entonces. Un año después teníamos dos presidentes (uno interino, el otro un invasor), dos tribunales de justicia (uno en el destierro, el otro en flagrancia), tres asambleas de diputados (un rubro delirante), una oposición de múltiples rostros, hiperinflación, hambre, burbujas y excesos. Y un exilio con ribetes de estampida. Pero también surgió un tumultuoso apoyo internacional a la causa democrática. Ese fugaz entusiasmo desembocó en una antología de desaciertos de toda índole. La oposición se atomizó aún más, haciendo gala de su vocación para el fracaso. La sociedad civil cayó de bruces en la desesperanza y la calle se apagó por completo. El régimen elevó su capacidad de envilecimiento. Nicolás Maduro convocó un nuevo fraude electoral para obtener una Asamblea Nacional a su imagen y semejanza. Y las pocas rendijas democráticas que sobreviven (prensa, portales web y múltiples ONG) son perseguidas con virulencia y encono. Todo se estrecha. Sube la presión. Urge un desenlace.

Estamos en el amanecer del siglo XXI y así nos tocó comenzar el futuro a los venezolanos. Por eso releernos es también una estrategia. Para derrotar al olvido y sus gérmenes. Para vencer la amnesia de nuestros errores. Toca hacer el inventario. Una y otra vez. En nombre del país de nuestros insomnios. ☉

**Tiempos feroces*. Leonardo Padrón. Kálathos ediciones.

Tiempos feroces y nuestro sol de tamarindo y papelón

“Leonardo Padrón, en *Tiempos feroces*, vuelve a sacudirnos con su prosa lapidaria y sublime, pintando la tragedia y avivando la conciencia”

KAREN LENTINI GÓMEZ

¿Acaso puede interesar otro libro más sobre la agonía de Venezuela?

Decía Milan Kundera: “el primer paso para liquidar a un pueblo es borrar su memoria. Destruir sus libros, su cultura, su historia. Pronto la nación olvidará lo que es y lo que fue. El mundo a su alrededor lo olvidará aún más de prisa”

Hace poco alguien me preguntó si

recordaba un solo nombre de *tantas víctimas* de Venezuela, después de este libro tendré presente más de uno.

Leonardo Padrón, en *Tiempos feroces*, vuelve a sacudirnos con su prosa lapidaria y sublime, pintando la tragedia y avivando la conciencia.

Tiempos feroces es un inventario invaluable que narra e imagina Venezuela, el país vivido con asombro, recordado desde la nostalgia, y reclamado con infatigable esperanza. Este compendio de crónicas es un quejido unísono e inmenso, difícil de desgranar, en un tono que lo hace perceptible, cercano e inolvidable.

Un libro que sacude el dolor y lo denuncia con la absoluta comprensión de sus lectores, dando voz y nombre a los pesares cotidianos de los venezolanos, a las víctimas de la dictadura, y un espacio en la memoria de un pueblo vejado y humillado.

Testimonio para no olvidar “venezolanos ejemplares”; lo que fuimos, y sobre todo lo angustioso de lo que hemos llegado a ser. El recordatorio a

los despistados y a los que les conviene no mirar mientras el país se consume entre violencia, amenaza e impunidad. El reflejo de un país al que le han robado el verbo vivir, en el que la miseria extermina a los ciudadanos y “el miedo los vuelve afónicos”.

Este libro es preservar, invocar, y expandir la resonancia histórica de una nación y un gentilicio maltratado, que revela la vital importancia de las voces que dentro y fuera continúan escribiendo; pero sobre todo los gritos de esos seres que permanecen subyugados, que ya no tienen voz propia y a los que seguimos recordando. Aquellos dioses de la supervivencia que siguen batallando, y a los que “la revolución mató”, con fusil y sin fusil, con desidia, inquina y abandono, condenados por verdugos amparados en un gobierno de desproporcionada maldad.

De indispensable lectura para aquellos que presumen de defender los derechos humanos y desconocen la barbarie que ha vivido Venezuela.

Para los que es inverosímil vivir en un país con una inflación del 5000% –en 2021 según el Fondo Monetario Internacional.

Para los que desconocen cómo se puede vivir, sin pensión o con una pensión de dos euros.

Para los que no entienden como pueden morir 4000 neonatos en un año por fallas eléctricas en los hospitales.

Para los que condenan la injusticia y las torturas sufridas por pensar distinto o por el simple placer de ejecutarlas e infundir miedo. *Tiempos feroces* es un camino de depuración para los que tenemos “un rencor inoculado que no sabemos domesticar, porque el mal tiene sus genios y siguen despachando desde una oficina llamada Venezuela”, con la ingenuidad o complicidad de los que pactan y dialogan con criminales.

Intentar desglosar estas crónicas es un intento pueril ante un país que se derrite frente a este alquimista de las palabras.

Leonardo Padrón forma parte del panorama actual del boom de los cronistas latinoamericanos. El escritor resalta por la frescura de su lenguaje poético, por la rigurosidad del buen periodista, por ser un persistente y sensible observador que intenta desentrañar la realidad que le abruma, y que filtra su optimismo pero no lo derrumba.

En los momentos en que más se ensañan con la libertad de expresión, es fundamental la turbadora originalidad de la palabra para contar historias reales que conmuevan al lector, sean de accesible comprensión, y trasciendan en el tiempo

Así Leonardo Padrón sin poder ocultar su condición de poeta, deja huella interpretando los *Tiempos feroces*, para no olvidarlos y con una constante arenga hacia la esperanza, como *salvoconducto* para acabar con “la agonía de una sociedad”, y que *la casa grande* pronto se despierte con la luz y el calor de su “sol de tamarindo y papelón”. ☉